

Leibniz

el bibliotecario imaginado por Borges



Nacido en 1646, Gottfried Wilhelm Leibniz es un pensador de renombre en las áreas de la filosofía, las matemáticas, las ciencias naturales, la teología, la historia, la política, la jurisprudencia y la filología... Pero también inventor y bibliotecario. Tanto es así, que para él los libros son herramientas por su valor intelectual y científico, y cuando se reúnen en una biblioteca permiten el alcance del conocimiento enciclopédico...

Leibniz y la existencia del mal

El 26 de julio de 1977, en el teatro Coliseo de Buenos Aires, Jorge Luis Borges ofreció una conferencia titulada "La cábala". Borges está ciego, tiene ochenta años, ha sido bibliotecario hasta 1973. Habla lento, con las manos unidas como en actitud de orar, en un alto y lejano escenario y ante un público muy numeroso, al que no ve. Es, posiblemente, el escritor más célebre de Argentina en ese momento, y sin duda un maestro en la literatura universal.

Su conferencia "La cábala" comienza hablando del error de considerar que pueda existir un libro sagrado, y termina hablando del pecado de la idolatría (a los libros). Entre un concepto y otro, como es habitual en Borges, citas reales e imaginarias; entre ellas, la mención a alguien llamado Leibniz.

Hay un argumento, muy elegante pero muy falso, de Leibniz, para defender la existencia del mal. Imaginemos dos bibliotecas. La primera está hecha de mil ejemplares de la 'Eneida', que se supone un libro perfecto y que acaso lo es. La otra contiene mil libros de valor heterogéneo y uno de ellos es la 'Eneida'. ¿Cuál de las dos es superior? Evidentemente la segunda. Leibniz llega a la conclusión de que el mal es necesario para la variedad del mundo.

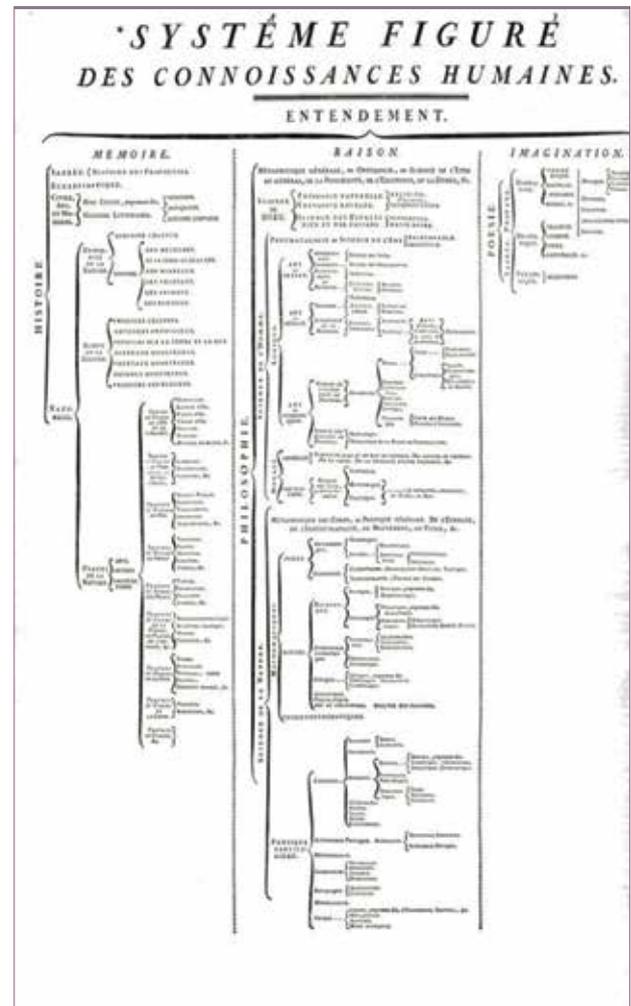
Para Leibniz –que tenía un pensamiento ecuménico y no pertenecía a ninguna iglesia- Dios era una necesidad lógica, la respuesta a la pregunta "¿por qué hay algo en lugar de nada?". Respuesta sutil y sofisticada, muy distinta de los tradicionales argumentos tomistas para demostrar la existencia de Dios.

Y es que hay una frase de Leibniz, mal repetida, que dice que "vivimos en el mejor de los mundos posibles" y que no se refiere a las condiciones más o menos habitables de nuestro entorno, que el presente sea mejor que el pasado o que la civilización europea occidental sea el mejor de los mundos posibles; esta cita se refiere a que, de todas las infinitas configuraciones del mundo en la mente de Dios solo se realizó –solo se manifestó de modo real- el mundo en que vivimos. Otras posibles configuraciones incluían, por ejemplo, un mundo habitado por dos pingüinos y nada más, o solo por Borges y Leibniz, y esos son mundos sin sustancia.

Hay otra cosa más. En su soneto 119 (versos 9 y 10), Shakespeare dice quizá lo mismo que dice Borges que dice Leibniz a propósito del mal:

¡Oh, utilidad del mal! Ahora veo claro que el bien, gracias al mal, mejora mucho

Pero volvamos al concepto que introducía Borges, el del libro sagrado o el libro perfecto -que acaso sea la 'Eneida'- a propósito de la justificación de la existencia del mal. Desde la impecable lógica de Leibniz, si la 'Eneida' es el libro perfecto todas sus partes lo son, todos sus libros, todas sus citas, todas sus palabras, "unidades menores de la perfección que a manera de mónadas o átomos pueden recombinarse" dando lugar a la biblioteca que Leibniz imagina. De modo que igual que Leibniz en su 'Monadología' (1714) afirma que el universo está hecho de ínfimos universos que a su vez contienen el universo y así hasta el infinito, Borges teme que combinando adecuadamente las palabras contenidas en los libros de cualquier biblioteca lleguemos siempre a componer una 'Eneida' porque cada biblioteca contiene una 'Eneida' – quizá como el mejor de los libros posibles imaginados en la mente de Borges.



Sistema del conocimiento humano diseñado por Leibniz

Por otra parte, en otro sitio el bibliotecario Borges nos informa en su ensayo juvenil 'La biblioteca total' (1939) de que Lewis Carroll "observa que siendo limitado el número de palabras que componen un idioma, lo es asimismo el de sus combinaciones posibles, o sea, el de sus libros". El bibliotecario Borges nos cuenta que el bibliotecario (y matemático) Lewis Carroll también imaginó al matemático (y bibliotecario) Leibniz.

Que para Borges la biblioteca es una metáfora del universo no es una novedad, pero debemos aclarar que no se refiere al supuesto orden (universo = cosmos = orden) de la biblioteca, sino porque cada biblioteca compone en sus textos el mejor de los textos posibles, al modo en que Leibniz imaginó que imaginó Dios el universo.

¿Existió Leibniz más allá de la imaginación de Borges y de Lewis Carroll?

Gottfried Wilhelm Leibniz es un pensador de renombre en las áreas de la filosofía, las matemáticas, las ciencias naturales, la teología, la historia, la política, la jurisprudencia y la filología, además de un hombre de estado involucrado en la política europea de sus días, y también inventor y bibliotecario. De hecho, aunque lo contemos como el último de sus méritos, desde muy joven hasta el final de su vida –con algunos intermedios– Leibniz se ganó el pan como bibliotecario, y en su tiempo fue muy conocido como coleccionista privado y experto en el mercado del libro.

Se ha adjudicado a Leibniz el mérito de haber sentado las bases para la creación de internet o del mundo digital.

Nace en Leipzig en 1646 en una familia de universitarios con una importante biblioteca privada. Tras aprobar sus estudios de Derecho en 1666, Leibniz entró en la política europea a los 20 años, al servicio de Johann Christian von Boyneburg, con el que trabajó en sus esfuerzos diplomáticos para proteger el Sacro Imperio Germánico, y quedó al cargo de su biblioteca hasta 1672. Entre 1673 y 1676 vivió en París, donde desarrolló sus teorías del cálculo diferencial y mantuvo contacto directo o epistolar con los principales pensadores de su tiempo, particularmente con Newton. Para conseguir un empleo estable y una remuneración aceptó –o suplicó– en 1676 la oferta de ser bibliote-

cario de corte en Hannover al servicio del duque de Brunswick-Lüneburg; en 1691 se convirtió además en el director de la Bibliotheca Augusta de Wolfenbüttel, cargo que mantuvo hasta su muerte en 1716.

Leibniz y las bibliotecas

La pluspart des Bibliothèques qui passent pour belles et curieuses, ne sont presque composées que des livres de peu usage.

Así opinaba el propio Leibniz, que escribió siempre en latín, francés y alemán (en ese orden) en una carta del año 1673. Cuando el duque de Hannover le propuso el cargo de bibliotecario 'Direktor der Bibliotheca Augusta in Wolfenbüttel' lo hizo también en francés:

Vous méritez aussi de l'estre, ayant esté il y a déjà longtemps vous mesme une bibliothéque vivante.

La biblioteca del duque elector de Hannover a la que accede en 1676 contaba con poco más de 3.000 volúmenes, 200 de ellos manuscritos, mientras que la Bibliotheca Augusta de Wolfenbüttel a la que accede en 1691 contaba con unas 25.000 obras, en su mayoría incunables, un tipo de libro cuyo mercado y características Leibniz conocía mucho mejor que el de los manuscritos. En Wolfenbüttel Leibniz puso en marcha un catálogo de autores y de materias, abrió parte de la colección a la consulta de "personas nobles e instruidas" (firmando cláusula de confidencialidad) y consiguió liberarse de la censura previa para la adquisición de más obras.

Margherita Palumbo, estudiosa de la obra de Leibniz, nos cuenta que "Leibniz conocía el mercado del libro extremadamente bien y llegó a tener una extensa biblioteca privada"; que tras su muerte en 1716 la corte de Hannover quiso comprar esta colección para incorporarla a la biblioteca de corte pero no llegaron a un acuerdo con los herederos sobre la valoración de los cerca de 8.000 libros que componían su biblioteca privada.

Parece por otra parte que Leibniz estuvo muy bien considerado entre los propietarios de las grandes bibliotecas europeas de su tiempo, más por su demostrado conocimiento sobre el mercado del libro –y su capacidad de localización y adquisición de raros y valiosos ejemplares– que por su capacidad de organización de la propia biblioteca. Los textos –cartas y algún memorándum– en los que Leibniz ofrece algo de su teoría sobre los libros y las bibliotecas se centran en una idea que se repite: la utilidad de los libros y las bibliotecas como herramientas para acceder al conocimiento. Los libros,

para Leibniz, son herramientas por su valor intelectual y científico, y cuando se reúnen en una biblioteca permiten el alcance del conocimiento enciclopédico.

En esta significativa carta a su mecenas en Wolfenbüttel Leibniz defendía el papel de la biblioteca como ente vivo:

Una biblioteca bien surtida, como una revista erudita u otro archivo del saber, encuentra su utilidad si apoya la administración de justicia, la defensa de la verdad y la lucha contra los errores (...) mas una biblioteca, por hermosa que sea, no es nada si no crece; este siglo está viendo grandes avances en el pensamiento y en la ciencia, la investigación de la naturaleza, la experiencia de la política y las meditaciones de los sabios, y las bibliotecas de los grandes príncipes resultarán imperfectas si no crecen proporcionalmente.

No solo era considerado él mismo como "una biblioteca viviente" sino que Leibniz consideraba que la biblioteca debía ser un ente vivo, en constante crecimiento, orientado a la ciencia y el conocimiento, no con libros hermosos sino que contengan la información que se necesita para el avance de las ideas. Y en el siglo XVII esta no es la idea predominante en las bibliotecas europeas, desde luego.

Leibniz y las mujeres

Mientras Leibniz trabajó como bibliotecario para el elector de Hannover mantuvo la más larga y cercana relación con una mujer en toda su vida; fue con la mujer del duque, la duquesa Sofía, con la que intercambió más de 300 cartas en las que compartían reflexiones filosóficas además de asuntos cotidianos. De hecho, en la corte universal de los filósofos (varones) parece Leibniz el que más amistades femeninas cultivó, entre las mujeres de la nobleza y realeza con alta educación y variados intereses. No es infrecuente que un intelectual al servicio de una corte europea –como era Leibniz en Hannover– tuviera relación con las mujeres de la corte; lo excepcional de Leibniz era que escuchaba y tenía en cuenta sus opiniones y compartía con ellas sus reflexiones.

No estoy en una gran ciudad como París o Londres donde encontraría hombres con los que hablar de cuestiones eruditas; aquí en Hannover si no fuese por la duquesa no tendría con quién hablar.

Leibniz había ansiado desesperadamente entrar al servicio del duque de Hannover, le había escrito numerosas cartas y le había enviado alguna

de sus obras teológicas, pero parece que fue gracias a la influencia de la duquesa Sofía que consiguió el cargo de bibliotecario. La hija de los duques, Sofía Carlota, heredó la curiosidad intelectual de su madre, y una vez casada también mantuvo frecuente correspondencia con Leibniz, que dijo sobre ella en otra carta:

Creo que las mujeres de mente elevada son más adecuadas que los hombres para el avance de las ideas.

Leibniz y la biblioteca universal

Hemos leído que Leibniz, de profesión bibliotecario, no teorizó sobre las bibliotecas al modo en que lo hizo sobre la filosofía, las matemáticas, etc. Pero sabemos que la profesión de bibliotecario –y sus buenas relaciones con las damas de la corte quizá tuvieron que ver– le permitió viajar por toda Europa, contactar con los sabios de su tiempo y ser considerado como sabio en las cortes europeas, de Londres a Moscú. Sabemos que entró en contacto con los bibliotecarios de algunas de las grandes bibliotecas europeas, y que no llegó a conocer a Gabriel Naudé aunque sí manejó su obra 'Advis pour dresser une bibliothèque' (1627), piedra maestra de la biblioteconomía actual, que sirvió de base a Leibniz para defender las colecciones ordenadas en los fondos de las bibliotecas, accesibles mediante catálogos, clasificadas según sus contenidos con un sistema de clasificación o esquema de materias, y sobre todo de utilidad para los lectores.

Leibniz consideraba que la biblioteca debía ser un ente vivo, en constante crecimiento.

(Llegados a este punto, el lector puede elegir entre dos finales alternativos para este artículo: en el primero (A) se sostiene que hemos construido una imagen histórica de Leibniz como precursor de internet y no se sabe cuántas cosas más, mientras que el segundo final (B) propone a Leibniz, ese personaje imaginado por Borges, como el hombre que imaginó la Biblioteca Total).

(A) Final alternativo Leibnizscéptico.

En 2008 se publicó en Alemania la obra colectiva 'Gottfried Wilhelm Leibniz als Bibliothekar', compilado por Karin Hartbecke: el libro aborda desde distintos puntos de vista los hábitos de

Leibniz como coleccionista de libros más que como bibliotecario, aunque refleja un aspecto que nos interesa, que son sus reflexiones sobre las categorías de los libros, esto es, sobre su clasificación. Nos cuenta cómo Leibniz consiguió en 1676 el cargo de bibliotecario de la corte de Hannover y los problemas que allí tuvo, “una serie de fracasos, planes truncados y frustraciones” donde queda claro que en sus años en la biblioteca ducal Leibniz se dedicó a sus propios intereses académicos y científicos, mientras que la colección de libros que gestionó para el duque reflejaba más bien los intereses políticos y dinásticos de éste. El libro constata que la biblioteca del duque fue siempre más importante para el propio duque –que tenía acceso directo a la biblioteca desde su salón privado– que para el bibliotecario Leibniz, que aunque dormía cerca de los libros ésta solo le sirvió para estar más cerca del duque y por tanto del poder.

En definitiva esta obra, a partir de la reconstrucción de la biblioteca ducal y de la huella que Leibniz pudiera dejar en su colección, concluye que es un mito extendido entre los bibliotecarios de la actualidad el que Leibniz pueda ser un inspirador de los sistemas de clasificación bibliotecaria, o que sus prácticas bibliotecarias tuvieran alguna trascendencia para sus contemporáneos en los siglos XVII y XVIII. Es cierto que la biblioteconomía del siglo XX usa sistemas de clasificación del conocimiento que pueden tener una base en Leibniz, de igual modo que las telecomunicaciones del siglo XX usan el sistema binario creado por Leibniz, pero es un error romántico pensar que Leibniz pueda ser un precursor de internet, o de la Clasificación Decimal Universal, o de la llamada Biblioteca Total.

(B) Final alternativo borgiano.

Sabemos que Leibniz manejó el libro de Naudé ‘*Advis pour dresser une bibliothèque*’ (1627), piedra maestra de la biblioteconomía actual, y que le sirvió de base para la idea de construir una biblioteca universal, no como entelequia sino como realización salida de su imaginación y su esfuerzo.

Leibniz comenzó la redacción de una bibliografía universal llamada ‘*Conspectus Bibliothecae Universalis*’ al estilo de la ‘*Bibliotheca universalis*’ (1574) de Conrad Gesner, con una selección de obras que juzgaba esenciales, pero el libro quedó inacabado a los 19 volúmenes. Su interés por el desarrollo de una biblioteca universal, lo sabemos, viene sobre todo desarrollado en sus trabajos teóricos tanto matemáticos como filosóficos que tratan de explicar el universo: su interés por la clasificación de todas las cosas que componen el universo se refleja en la búsqueda de términos que describan todo el contenido de la biblioteca, de donde se deduce (de nuevo con Borges) que la biblioteca es un reflejo del universo. El Sistema de Clasificación de Dewey y la Clasificación Decimal Universal, los descriptores de materias en las bibliotecas, son herencias directas del trabajo de Leibniz describiendo el contenido del universo, o imaginando las herramientas para la descripción del universo como Biblioteca Total.

Se ha adjudicado a Leibniz el mérito de haber sentado las bases para la creación de internet o del mundo digital: por sus avances en el cálculo matemático, por la creación del sistema binario, pero también por haber imaginado la ‘*Caractéristica Universalis*’ o lenguaje universal, ideal y simbólico, que serviría para la expresión de todos los conocimientos científicos, y por el invento del ‘*Calculus Ratiocinator*’ o máquina de calcular que sería el precedente de los actuales ordenadores; finalmente, Leibniz imaginó una ‘*Comunidad de almas*’ sobre la que nos habló el también filósofo y matemático Bertrand Russell, y que algunos consideran un precedente de lo que hoy llamamos inteligencia artificial.

Final, final

El sociólogo Román Gubern acuñó el término ‘*Galaxia Leibniz*’ al anunciar, tras la muerte de Marshall McLuhan y de Jorge Luis Borges, que ya no vivimos en la Galaxia Gutenberg sino en una “en la que el universo cultural entero puede aparecer en la pantalla de consulta”. La nueva galaxia que habitamos lleva el nombre de Leibniz, el inventor del sistema binario -todo se reduce a unos y ceros- que es la base del mundo digital que hoy habitamos. ▴